



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Cultura y política en América Latina, de Hugo Zemelman [*]**

AUTOR: *Estela Torroella Chávez, Oscar Meneses Fernández [**]*

SECCION: Reseñas

TEXTO

El análisis de la cultura y de la política como dos dimensiones del quehacer cotidiano y dos formas de enfrentar la vida adquiere relevancia cuando a través del mismo se observan procesos que constituyen una red de interacciones que le dan sentido a todo tipo de producciones humanas. Estas pueden ir desde los modos en que los hombres se adaptan a la naturaleza hasta las formas más complejas de organización.

La relación entre cultura y política representa una forma más elaborada de comprensión acerca de la dinámica social, sus elementos constitutivos, las contradicciones inherentes a dicha constitución y las formas en que se van resolviendo las tensiones al crear nuevos espacios de conflicto que ordenan la realidad y el entendimiento que de ella tienen los sujetos que la componen.

A propósito de esto, no resulta menos interesante dar lectura a una realidad tan cercana pero tan poco evidente como lo es América Latina, donde el vínculo entre cultura y política ha estado sujeto a una serie de reacomodos, producto de la emergencia de voces que hablan, desde el seno mismo de la sociedad civil, de viejas necesidades, pero que constituyen nuevas formas de asumir y expresar sus contenidos.

El impacto que estas reivindicaciones tienen en la manera como se percibe el quehacer político, e incluso en la forma misma de hacer política conducen a pensar la significación que cobra la dimensión valorativa en tanto fuente productora y reproductora de sentidos orientadores de la acción, así como los lazos de identidad que sustentan nuevos modos de convivencia social.

En este sentido, vale la pena enriquecer nuestra perspectiva a partir de las diversas interpretaciones que nos brinda la antología *Cultura y Política en América Latina* coordinada por Hugo Zemelman. El análisis que se hace de quince países latinoamericanos ofrece la oportunidad de incluir nuevos elementos en nuestra apreciación al enfrentarnos a una diversidad cultural que no se agota en expresiones tan inmediatas tales como la raza, el lenguaje, la vestimenta, etc., sino que pretende desentrañar las proyecciones que la sociedad tiene a nivel simbólico y que implica la construcción de nuevas posibilidades de ejercicio del poder en tanto alteración de los límites impuestos para la política.

De esta manera, puede decirse que "el fantasma de la democracia" recorre América Latina y que éste se vuelve el referente inmediato para construir el presente y proyectarse hacia el futuro.

En América Latina el referente democrático encuentra su sustento en un pasado que se ha caracterizado por la permanencia de rasgos autoritarios que han permeado todos los ámbitos de la vida, pero que particularmente han significado una delimitación de lo político, reducido al espacio estatal, es decir, lo público y lo privado establecen su frontera a partir de lo que el Estado ha definido como lo político y lo no político.

A partir de ello, se nos sugiere pensar la transición democrática desde la cultura política "como categoría relacional que permite confrontar orientaciones colectivas de dos o más actores respecto a cuestiones políticas" [Lechner, N.: 10, 1987].

De la lectura de este libro resulta claro que no hay una forma única de entender la cultura política; en primera instancia porque la definición misma de política se vuelve conflictiva; en segunda instancia porque resulta problemático hablar de la cultura política como conjunto homogéneo de valores, creencias, sentidos, etc., que abarquen la totalidad nacional y menos aún la totalidad latinoamericana.

Por eso, a la par de la preocupación por la transición democrática, el estudio de la cultura política nos remite a la problemática de la construcción de la identidad nacional.

Una de las problemáticas centrales de algunos casos (Brasil, Bolivia, Ecuador, Perú y República Dominicana) se refiere a la dificultad de crear mecanismos de integración nacional a través de pautas culturales compartidas que cohesionen a la sociedad bajo ciertos principios organizativos. El Estado como principio organizativo fundamental de las sociedades modernas produce cierto orden hegemónico; en América Latina éste se ha dimensionado simbólicamente e ideológicamente mediante un discurso que se propone dar forma y contenido a lo nacional. Sin embargo, el grado de cohesión que se logró en estos países por la vía de los discursos de la clase dominante se vio afectada por grupos sociales (étnicos, indígenas, campesinos, etc.) que no se sentían parte de ese todo homogéneo que la clase en el poder pretendía como nación, por lo que la identidad nacional tendría que ser redefinida en términos de un pluralismo cultural que exige nuevas formas de ordenar y regular las relaciones sociales y de poder.

De cada una de estas experiencias, lo que queda es un largo recuento de encuentros y desencuentros que las sociedades latinoamericanas han tenido desde los tiempos de la Colonia. A partir de ahí, la historia nos demuestra que la lucha por construir una identidad nacional ha sido continua, pero confusa y endeble en tanto que siempre ha estado permeada por la tensión entre dominantes y dominados, lo que ha llevado a un distanciamiento cada vez mayor entre el Estado y la sociedad civil.

En este distanciamiento se ponen de manifiesto distintos proyectos de sociedad y distintas concepciones de orden, es decir, la posibilidad de reconocer una misma dirección a pesar de la gran heterogeneidad cultural y socioeconómica, así como la construcción de referentes valorativos comunes que enmarquen las orientaciones de los sujetos hacia la autoridad política, y que asimismo tenga el potencial de forjar identidades colectivas que encuentren en ello su asidero; éstos han sido problemas que la democracia no ha podido resolver.

La experiencia democrática, en este sentido se vuelve traumática, porque al hacer descansar el orden hegemónico en la omnipotencia institucional, abre un abanico casi infinito de posibilidades en el que los individuos proyectan sus anhelos de realización con base en patrones culturales que ordenan la percepción que la sociedad tiene de sí misma. Sin embargo, dichas proyecciones se ven frustradas cuando las instituciones no pueden canalizar adecuadamente toda la serie de demandas sociales. Esto explica, en cierta

medida, el debilitamiento de la democracia como el eje central que organiza la vida cotidiana dentro de los límites institucionales.

Nos enfrentamos entonces a un fenómeno que ha caracterizado a una buena parte de la región (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay); nos referimos a la instauración de regímenes autoritarios que cobran la forma de dictaduras militares y que surgen como respuesta a la "crisis de gobernabilidad" traducida en "crisis de consenso" del precario régimen democrático anterior.

En esta medida las sociedades latinoamericanas han encontrado como recurso que apela al orden, como "dispositivo hegemónico", el autoritarismo. Este se convierte en un dispositivo que garantiza la interiorización de la violencia, del miedo, del "control necesario sobre el universo de posibilidades que cada uno tiene" (Bruner, J. p 1), pero que también se convierte en la promesa de un mundo cobijado por la certidumbre.

Frente a este recurso que no logró cuajar en el sentido de imponer una institucionalidad fundada en el temor y la fuerza, es necesario atender a una serie de factores que nos pueden explicar este fracaso, entre los que podemos mencionar las crisis económicas, las tradiciones políticas de algunos países, las coyunturas en las que irrumpieron estos regímenes y las formas en que las enfrentaron y, finalmente, como determinante externo, se encuentra la política desarrollada por Estados Unidos hacia América Latina por considerarla como su zona estratégica.

De ahí que la emergencia de la democracia como forma de organización y estructuración de la vida social y política responda a la necesidad de reintegrar en torno a lo nacional a la sociedad en su conjunto, es decir, se refiere a un proceso de reinstitucionalización del ejercicio del poder político.

Además, la revitalización de la democracia está relacionada con el proceso que se vivió en la década de los setenta y parte de los ochenta; ésta se muestra como una realidad conflictiva y cargada de potencialidades, debido al surgimiento de los movimientos sociales que irrumpen en la escena política con un efecto desestabilizador de los sistemas políticos, ya que por sus prácticas y reivindicaciones cuestionan la legitimidad de los regímenes; es por esta razón que en la actualidad, poner como elemento central del quehacer político a la democracia, manifiesta la voluntad de los sectores dominantes de reinstaurar la esfera de lo público y de lo privado, desarticulando de esta manera gran parte de las luchas que los movimientos sociales llevaron a cabo.

A partir de estas consideraciones podemos afirmar que los actuales procesos democratizadores son cuestionables, no porque la democracia sea conveniente en sí misma o no, sino por la intencionalidad que subyace en este proyecto, que pretende ignorar las formas nuevas y creativas de organización, de hacer política y vivir la democracia que se generaron en los espacios cotidianos del pueblo, restringiendo la participación de los individuos y sus organizaciones al plano institucional, con lo que ésta se constituye en el referente normativo sobre el cual debe transitar la dinámica social.

Finalmente, habría que decir que este proceso democratizador no se puede entender si no atendemos a la dimensión histórica, la cual no se reduce a los procesos a través de los cuales se generan y constituyen identidades colectivas como producto de tiempos y espacios determinados, sino que abarca la dimensión de lo cotidiano en la que se sintetiza la memoria histórica, portadora no sólo de valores y tradiciones sino generadora de utopías y proyectos.

Entender la historia desde la perspectiva de lo cotidiano implica cuestionar la perspectiva unilateral que ha intentado homogeneizar y dar sentidos unívocos al devenir histórico, es decir, a la versión que se ha escrito desde la óptica de "los vencedores", la cual nos hace receptores de un patrimonio común que contiene "grandes héroes", "fechas memorables" y "batallas célebres". Como producto de esto, la "identidad nacional" se constituye como un tejido frágil y difuso que se superpone a los espacios cotidianos.

Es necesario entonces asumir la historia a partir de la visión de "los vencidos, de los ausentes", por tanto, exige recuperar la otra historia (la anónima y negada), es decir, afirmar la construcción de lo nacional deslegitimando como única la "historia oficial" y rescatando del olvido aquella que se ha edificado a partir de la lucha diaria por la vida con el descubrimiento de sus verdaderos protagonistas.

En esta exigencia nos enfrentamos a la conmemoración de los quinientos años de la llegada de los europeos a tierras americanas, acontecimiento que debe significar la apropiación de nuestra memoria histórica y el redescubrimiento de nuestras potencialidades con audacia, creatividad y solidaridad para construir una identidad nacional y latinoamericana fundada en el reconocimiento de nuestra pluralidad.

Querer ver este acontecimiento de una manera triunfalista o nostálgica no nos ayuda en esta tarea, pues como afirmaba José Carlos Mariátegui: "la Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden hacer las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad" (Peruanicemos al Perú, Lima, Amauta, 1970, p. 66).

En el esfuerzo de comprensión de esta realidad se encuentra el libro Cultura y Política en América Latina, por lo que su lectura adquiere un especial significado.

CITAS:

[*] (1990) (Coordinador), México, Siglo XXI Editores y Universidad de las Naciones Unidas, 378 pp.

[**] Estudiantes de la carrera de Sociología, UAM-A.